

## **VOX: los resortes subjetivos del neoliberalismo**

La arrasadora victoria de Isabel Díaz Ayuso, del Partido Popular (PP), en las últimas elecciones de la Comunidad de Madrid el 4 de mayo ha vuelto a poner en el centro del escenario político de España, y más allá de sus fronteras, el fenómeno de la erosión de la política como terreno de disputa simbólica en la constitución de un proyecto de comunidad. Ayuso parece encarnar una opción distinta a la del líder de su partido, Pablo Casado, y apunta a la “ultraderechización” del PP. Si el líder de este partido, Pablo Casado, ha optado por apuntar su mensaje al “centro” del espectro de votantes, Ayuso, en cambio, se ha escorado hacia una derecha más reaccionaria, conjugada en su eslogan de campaña “Libertad o comunismo”. En lo que es una opinión compartida por muchos de los analistas políticos locales, esto sucede en un nuevo escenario, marcado por la ruptura del bipartidismo tradicional y la progresiva inclusión de tópicos discriminatorios y reaccionarios antes marginales en el debate público. Ello ha sido posible, en gran medida, debido a la emergencia de un partido de derecha radicalizada en los últimos años, como es el caso de Vox. Lo que se ha denominado, en general, como la “lepenización de los espíritus” (Urban, 2019).

En efecto, la fórmula proselitista de Ayuso recupera la clave de interpretación con que la dirigencia de Vox interpela al grueso de sus votantes: una defensa irrestricta de la libertad individual movilizadora por el miedo a una imposición estatal bajo el espectro del comunismo autoritario. Indagar en los rasgos de la identificación de militantes y adherentes a Vox se muestra, así, como una vía posible para comprender mejor esas transformaciones estructurales de nuestra época, que se ponen de relieve en momentos puntuales como la elección del 4-M.

### **¿Qué es Vox?**

Vox ha generado una variada y reciente bibliografía que se pregunta por su identidad, al llamar la atención sobre la propalación de un mensaje que condensa desordenadamente un número considerable de lugares comunes segregativos y violentos, hasta hace poco imposibles de mencionar en el “espacio público” español. En términos generales, para lograr o defender la unidad de España y su cultura cristiana —o bien la propiedad privada y la autonomía de las familias a educar a los hijos, o bien la reducción de impuestos y el gasto público en concepto de representación y autonomías— es necesario excluir a independentistas, comunistas, inmigrantes ilegales, políticos profesionales, o feministas. La exclusión puede pivotar, casi sin notarlo, entre esas diferencias para así garantizar la vigencia de una esencia comunitaria que está en riesgo.

Quizás por la variación de esos términos incluidos y excluidos es que se dificulta responder qué es, a fin de cuentas, Vox. ¿Es una expresión más del fascismo redivivo? ¿Es, más bien, una variante de populismo, pero hacia la derecha, o anclado en un sustrato xenófobo, étnico o nacional? ¿Es algo de esas dos longevas categorías del léxico político del siglo pasado, pero con un grado de novedad que obliga al prefijo “neo” o “post”? Al nombrar un fenómeno, se pone en juego su inabarcabilidad plena como objeto, no por impotencia técnica, sino por imposibilidad ontológica. Pero eso no supone que la denominación sea pura arbitrariedad, y mucho menos que podamos desplegarla

desde una metaposición neutral. Cada nombre designa o alumbró un aspecto del fenómeno para subrayar *algo más* con lo que se lo relaciona.

La caracterización de Vox como un etno-populismo, o bien como un populismo de derecha, de parte de la literatura especializada de las Ciencias Sociales se basa explícitamente en los desarrollos teóricos de E. Laclau en la última etapa de su obra. Citando más o menos laxamente a “La razón populista”, definen al populismo como una forma política basada en la configuración dicotómica de la comunidad, pueblo-élite, por ejemplo, donde un/a líder constituye mayorías electorales desplazándose de cualquier principio clasificatorio diferencial y cargando de valores positivos al primero mientras denigra a la segunda. No obstante, esa recuperación formal del modelo laclauiano denota un sesgo hermenéutico que es todavía más evidente cuando se denomina populismo de derecha a aquellos proyectos con deriva autoritaria, al subrayar el carácter unitario del pueblo, que desconocería las particularidades que lo integran. Esas críticas sólo son posibles si relegan la ontología negativa de la obra laclauiana, asumiendo un rasgo esencial del pueblo allí donde Laclau rastrea una dinámica equivalencial que nombra a una universalidad imposible. Que no la taponen ni sutura, sino que, en el mejor de los casos, la circunvala. El populismo, para Laclau, no es sin esa falta. La constitución de un pueblo requiere de una articulación que se haga cargo de esa imposibilidad, y de la función de pérdida que implica.

Si nuestra intención es preservar la potencia teórica del populismo como proyecto emancipatorio, es necesario indagar por otras denominaciones que den cuenta del modo en que, como veremos, las expresiones que suelen catalogarse como populismo de derecha reniegan frontalmente de la imposibilidad de lo social. En esta línea han sido diversos los intentos por caracterizar a Vox como fascista. Vox es fascista, entre otras cosas, porque es antidemocrático, y esto último se debe a su rechazo a abarcar las diferencias sociales en un proyecto comunitario sostenido en la igualdad. Se produce allí una verificación de la clausura de la comunidad en nombre de algo ya dado: nación, cultura, raza o religión. Se actualiza permanentemente la necesidad de obturar lo inabordable de la vida en común, a instancias de algún riesgo que llama a cerrar los brazos y ponerlos en posición belicosa.

No obstante, el fascismo de mediados del siglo XX necesitaba de la referencia del líder, de una idea mítica completamente soldada. El líder era uno, específico, consagrado. En cambio, en diversas entrevistas con militantes y afiliados de Vox, surgió con asiduidad la idea de que no había mayor disciplina partidaria, que incluso había cuestiones de la línea política de la organización con las que no estaban de acuerdo y que había una diversidad de dirigentes con posiciones distintas. Así, el liderazgo no idealiza ni articula identidades en una organización monolítica o integral. Incluso uno de sus afiliados con larga experiencia en organizaciones falangistas recuperaba como una de las claves del éxito del mensaje voxita la ausencia de un programa político específico y la proliferación de reivindicaciones más o menos desconectadas. El enganche de quienes apoyan a Vox pasa, más bien, por cuestiones muy puntuales que conectan con sus experiencias personales.

¿Cuál es el sustrato para tal conexión? Ello nos lleva a preguntarnos qué de la época hay en Vox, y así a profundizar en el “fascismo anónimo” (Aleman, 2018: 158), que lo sostiene. Este sesgo anónimo subraya, primero, el hecho de que estos movimientos políticos no son meras manipulaciones de una masa inerte por parte de élites antidemocráticas. En segundo lugar, señala un rasgo notable de estas reacciones segregativas a la base de los actores políticos radicalizados.

Estos ya no suelen configurarse únicamente en torno a un liderazgo que encarne la autoridad, sino que se cristaliza en la presencia pura del dirigente radicalizado, que es “como uno/una más” en la bronca que siente, en la exasperación que expresa.

La representación deja de ponerse en juego en la capacidad para hacer presente lo ausente y se reduce, en cambio, a un puro estar presente que sostiene un flujo empático entre gobernados y gobernantes, dando seguridad de que los últimos “entienden” a los primeros y sienten como ellos. Dirigentes como Ayuso o el presidente de Vox, Abascal, parecen enarbolar la incorrección política, diciendo públicamente lo que multitudes murmuran, y así pasan a representar en su pura presencia un vórtice que concentra ese magma pulsional de mandato superyoico desenfrenado que caracteriza a la época.

Otro de los aspectos nodales de fenómenos como Vox es su aceptación de la reproducción indiscutida del capitalismo como sistema económico y social. En diálogo con los simpatizantes de Vox, no se escuchan críticas al modo de organización y distribución de los recursos económicos, sino reclamos sobre la incapacidad para sostener un nivel de consumo, o sobre el resguardo de las propiedades adquiridas, endilgando la culpa a la clase política o a los inmigrantes ilegales. Junto a ello, aparecen referencias conspiranoicas, de tono delirante, sobre grandes magnates que mediante el “globalismo” buscan imponer a las clases medias europeas, blancas y cristianas la inmigración árabe-africana, para reducir su población y subyugarla. Los problemas económicos y sociales tendrían una solución inmediata en esos delirios de conspiración junto con el rechazo de los/as inmigrantes, que permiten echar todas las culpas en una referencia improbable, mientras se refuerzan reclamos consumistas.

En pequeñas conversaciones planteadas con personas durante entrevistas, las presentaciones de los candidatos o actividades de campaña, una imagen se reiteraba: la incertidumbre de la vida cotidiana se clausura cuando se echa la culpa a “los moros”, los pobres, que viven de la asistencia social, o que trabajan por menos dinero, y que fuerzan entonces a los/as españoles/as a vivir mal. Aunque hay diversidad en las motivaciones para la adhesión política, cierta regularidad, más allá de edades, géneros y niveles formativos, se delinea entre la adhesión a Vox: su rechazo a los inmigrantes africanos o musulmanes, y la referencia de la invasión a Europa, planeada por un grupo de grandes empresarios.

Esto último refuerza la intuición de que el potencial interpelativo de estos relatos no depende de la ignorancia, pensada en contraste con la erudición, ni tampoco de la necesidad, frente a alguna noción de ilustración moderna. Hay aquí un giro contradictorio que toma de esa misma paradoja su fuerza: esto de la conspiración parece una tontería, una locura, pero como lo niegan todos los medios (cooptados, mentirosos, etc.) y nadie de las clases políticas dice nada al respecto, entonces creer en esa hipótesis es señal de libertad, de autodeterminación y autonomía. De ese modo, es el gesto de rechazar toda imposición la que termina otorgando legitimidad a una hipótesis cuyos datos se obtienen “de internet, porque allí está todo”. Se constituye así un solo relato maniqueo capaz de resolver todas las incertidumbres de la época, donde el goce propio (consumo, empleo, estabilidad, tener más hijos y educarlos como se quiera...) es imposible porque lo tiene todo el otro, que es radicalmente otro, en una dimensión física, concreta, palpable.

Al incluir en el debate político tópicos antes marginales, como el rechazo explícito de minorías sociales, lo que permite Vox es la experiencia de sobrepasar cierta barrera que reprimía opiniones. Caída esa barrera, se entiende mejor, quizás, lo que, en repetidas ocasiones, se escucha de parte de los simpatizantes de Vox, esto es, que lo apoyan “por la libertad”. Que Vox defiende la libertad de hacer lo que le dé la gana a cada uno de ellos. O bien la libertad de educar a los hijos como ellos quieran, de actuar ante la pandemia como ellos quieran. En la presentación de candidatos en Chamberí, una familia joven fue a apoyar a Vox, y al querer saber por qué, el varón, de alrededor de 30 años, respondió, mientras movía para adelante y para atrás un cochecito con un bebé, que lo hacía por la libertad, “por la libertad de hacer lo que me dé la gana, de educar a mis hijos (señalándolos) como quiera, de no pagar impuestos...”. No obstante, la libertad no viene acompañada de una crítica general a cualquier autoridad, sino que esa defensa de la libertad individual a ultranza convive con una propuesta de orden y respeto para obtener seguridad. Es esa libertad la que se combina con la seguridad que la candidata de Vox a la Comunidad de Madrid, Rocío Monasterio ubicó en el centro de su eslogan. Porque quien desordena y no respeta la ley es el otro: inmigrante, ladrón, comunista. Es esa combinación al parecer paradójica entre libertad e invocación al orden lo que sustenta al pseudo lazo de vox.

### **El narcisismo reaccionario de Vox**

La cuestión, entonces, es qué tiene la época que vuelve tan políticamente redituable un mensaje público, electoral, basado en tres puntos: 1. la presunción de que la ausencia de goce se debe a que lo robó otro. Un Otro ubicuo, ya allí en las calles, cerca de las propiedades que incluye a la familia, y que es avalado por la dirigencia política en general. 2. Que ese goce podría ser recuperado mediante la eliminación de ese Otro, mediante su remoción del espacio comunitario. Y 3. Que ninguna imposición es posible, que la libertad más plena puede ser lograda si se apoya a dirigentes políticos (que no son “políticos profesionales”) que son cómplices en el enojo y la frustración y que “se han metido en política” para decir aquello que no nos dejan decir, y nos impulsan a actuar en defensa de lo propio.

Retomando un trabajo colectivo en proceso, que ha abrevado en la lectura de la obra de Jorge Alemán, la conjetura que me gustaría deslizar acá es que Vox es sintomático del fascismo anónimo de la época, porque apela al individualismo más “atomizante” que rechaza toda imposición y que por ende no reconoce a nadie el valor suficiente como para decirle qué tiene que hacer, dónde gastar su dinero, etc., porque se lo ha ganado, se ha esforzado, ha “madrugado” (Foa Torres y Reynares, 2020). En este sentido es narcisista. Sin embargo, el individuo no es un átomo racional, o un puro hueco, sino siempre-ya una imagen de un cuerpo completo, arrojado a un mundo que todo el tiempo muestra una falta de centro, de certidumbre. La imagen narcisista se sostiene con la energía, la pulsión, que requiere todo sujeto para autocentrarse, ante el abismo de la falta, es decir, en última instancia, de la contingencia.

Ahora bien, esa plenitud del individuo en su imagen más íntima, allí donde el sujeto sería plenamente libre, es imposible, irrecuperable. En torno a ello, el sujeto asume que existe una ley que, al prohibir el acceso directo a esa plenitud, la imposibilita. Al ubicarse bajo esa ley, adquiere un centro para el sentido de su inscripción en el mundo, en torno al cual produce un saber, y vive

en relación a, o con, las/os otras/os. Sin embargo, lo que vemos en casos como el de Vox es que, al menos parcialmente, esos convocados por su mensaje no asumen esa ley, sino que la rechazan. No obstante, el rechazo a la ley constitutiva del sujeto no quita de en medio la necesidad de hacer algo con esa pulsión que el individuo trae consigo y que la falta conmuta en goce. Y eso que se hace es recalar en una imagen de integridad que garantice la forma ya establecida del conjunto, rechazando con la fuerza de ese goce a cualquier cosa que suponga para aquella una amenaza u obstáculo.

Por esto, entonces, esa libertad individual y narcisista de los simpatizantes de Vox no se convoca “por sí sola”, sino siempre junto con la defensa de algún valor tradicional, algún sedimento cultural, social, genérico, que reafirme sus creencias y convicciones. De allí la combinación en Vox entre defensa de la libertad individual a ultranza, por un lado, y nacionalismo exacerbado, de la España una y cristiana, blanca, de los toros y la caza, por el otro. Este llamado a recuperar lo propio reacciona ante algo que parece siempre amenazar esa creencia sedimentada, esa certidumbre que hace coincidir los límites comunitarios con lo ya existente.

Ahora bien, como subrayábamos con la noción de “fascismo anónimo”, el rechazo a la ley no deriva de una opción del sujeto, sino que se inscribe en un fenómeno transversal de nuestra época: la erosión del marco simbólico que es sostenido por esa ley. Traer a cuenta la transformación epocal bajo el nombre de Discurso Capitalista permite subrayar la dilución persistente de mediaciones simbólicas. No hay paso por una referencia simbólica en que asumir la propia identidad, sino una reacción a la imposición del gobierno [o de colectivos antes subestimados, como las minorías sexuales, o los inmigrantes, que son representados por ese gobierno] que hace mella en una libertad pretendidamente originaria. Esa conexión colectiva sin articulación política, sin voluntad de pérdida entonces, busca preservar o conservar la imagen de plenitud a disposición: la nación, la religión, la raza son salvavidas para mantener a flote esa conexión de narcisos desorientados (sin referencia simbólica que sirva de brújula) y en pánico. El conservadurismo nacionalista ocupa, en este esquema, un segundo nivel frente al autoritarismo narcisista: he ahí una posible relación entre libertad, que busca defender como original el individuo desanclado, y nación como imagen *tranquilizadora* que rechaza toda modificación, toda heterogeneidad. Entonces, lo conservador o lo nacional se vuelven marcas o contenidos puntuales sobre una forma de conexión colectiva, y también en un sustrato de transformación estructural donde, tras la erosión simbólica, sólo queda en pie el narcisismo imaginizado que reacciona ante la imposición política o social que amenaza su libertad.

Entonces, desde una clave de intelección así planteada, en estos autoritarismos narcisistas hay un intento constante por cercenar la apertura comunitaria del pueblo, por renegar de la falta constitutiva que se pone en máxima tensión ante la pauperización masificada y los ajustes continuos del capitalismo actual. Ante ello queda el desafío de aportar en la construcción de proyectos y nombres que hagan de los daños ocasionados por la expansión de la lógica capitalista, de la soledad frente a esa cadena de frustraciones e injusticias, una posibilidad de construcción común.

## **Bibliografía**

Alemán, Jorge (2018). Capitalismo: crimen perfecto o emancipación. Nuevos Emprendimientos Editoriales.

Reynares, Juan Manuel y Foa Torres, Jorge (2020). Entre la masa del pánico y la articulación populista: conjeturas en torno al lazo social en la época del (pseudo)discurso capitalista. Desde el Jardín de Freud, 20, 57- 74. doi: 10.15446/djf.n20.90163.

Urban, Miguel (2019). La emergencia de Vox. Apuntes para combatir a la extrema derecha española. Sylone. Barcelona.